

LUZ SIN SOMBRAS

Corazón,
 compañero de mi vida,
 mi loco trovador
 de dudas y esperanzas
 de penas y alegrías...
 Ya no escucho
 tu puño golpeando,
 incansable, sobre el pecho,
 ni la sangre entona bulliciosa
 en mis arterias su cantar.
 Te cansaste...
 Y tu voz de barítono
 no alegrará más mi alma...
 Ya no piensa mi cerebro
 y la luz de las ideas
 se acaba de apagar.
 Las puertas de la muerte
 se están abriendo
 y sin cesar resbalo
 hacia el reino del silencio
 y de la paz.
 Pero yo me río de la Parca
 y me burlo de su mueca horrenda.
 No son tinieblas las que llegan.
 Son las promesas de Cristo
 hechas realidad.
 ¡Es su Luz, sin sombras,
 que me guía sin errores
 y me baña de su gloria
 por toda la eternidad..!

Un escritor para el costumbrismo cacereño

Por JULIO CENDAL PEÑALVER



A incansable pluma de don Valeriano Gutiérrez Macías, tan conocido y estimado del «todo Cáceres» —incluyendo capital y contorno fronterizo de la provincia— ha escrito y hecho publicar recientemente dos obritas relativas a su ubérrima cuerda literaria, cual es la relativa al costumbrismo típico cacereño, de la cual se encuentra ciertamente, como se dice, «a la hora». Sin duda, en esto, pocos le aventajan, según le oigo rebullir por tribunas y pasadizos de prensa. Don Valeriano, por ello, se ha hecho un personaje querido de sus convecinos, por estas dotes de trabajo fecundo, por su anhelo de airear «lo cacereño» en altas tribunas y por la sencillez y afabilidad de su sincera forma de ser.

Esto es motivo para alegrarnos de veras en ver a don Valeriano triunfar, pues sabido es que, con sus glorias, van las de su Cáceres amado, en su corazón juvenil y en su venero literante, que hace pensar y sonreír, meditar y disfrutar. Don Valeriano es, digámoslo, una pequeña institución dentro de esta amable esfera de las letras regionales, de la cosa menuda, graciosa y curiosa que burbujea con aire festivo en el devenir pacífico de ambientes y solanas, de hombres, paisajes y terruños patriarcal.

Los folletos citados están —¡cómo no!— en esta línea de erudición que tan estimativamente le caracteriza. El primero se titula, precisamente, «Tradiciones cacereñas» y ha sido publicado en la «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares», de Madrid, tomo XXIII, cuadernos 3.º y 4.º En ellos, con la precisión y menudencias tan gratas en este menester, don Valeriano ha recopilado graciosas costumbres de nuestra tierra, entre las que se destacan las referentes al Santísimo Cristo del Desamparo, de Deleitosa, con sus airosas y jugosas «Coplas» para pedir agua; «Coplas» de la fiesta de la Candelaria; «Coplas» de la Pascua de Resurrección:

«¡Qué placer lleva la Virgen
 con el Hijo por delante!
 ¡Lleva el manto de alegría
 y el Rosario de diamantes!

De altísimo voltaje religioso-costumbrista y aleluiático. En este fragmento literario se recogen también fiestas y consejas de Herrera de Alcántara y Zarza la Mayor. Su pluma festival lleva con serenidad y holgado corazón al centro entrañable de estas tradiciones, cuya lectura tiene un amplio sector de encariñados con las viejas piedras del solar nativo y gustante de esta literatura tan bonita y emocional.

El otro folleto referido se titula «*Por la geografía cacereña*», y ha sido editado por los Servicios Culturales de la Diputación de Badajoz. Se refiere éste —en idéntica línea de exaltación costumbrista como el anterior— a un cuidadoso estudio de la vida de Jaraicejo, con pormenores que encantan al lector y sedimentan su espíritu en llanuras de anticonflictivos estremecimientos, todo ello dentro de un marco de bondadosa pedagogía que cala mansamente en el ánimo del lector —como la blanda lluvia que oculta perfiles y sonrisas— beneficiándole con su lectura en momentos de recreo, delectación y amable compás sentimental. También se hace referencia en esta publicación a tradiciones populares de Madroñera, Coria, Arroyo de la Luz, Baños de Montemayor y Serradilla. Es retratada y cantada con fervor por el cronista, recogiendo datos de sus respectivas alcancias, sobre todo, la noche de San Juan en la Alta Extremadura, con bello sugestivismo y cuadros de plasticismo literario y nostálgico, como canta la copla:

A coger el trévoli, el trévoli, el trévoli,
a coger el trévoli los mis amores van.

A coger el trévoli, el trévoli, el trévoli,
a coger el trévoli la noche de San Juan.

Bien por el muy entusiasta escritor, prolijo en su bienamada afición exaltativa.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Se ruega a todos cuantos nos honran con su colaboración, solicitada o espontánea, firmen, de puño y letra propios, sus trabajos, ya que para archivarlos en la Imprenta Provincial, en caso de ser publicados, es necesario cumplir tal requisito. Lamentándolo mucho, nos veremos privados de darlos a la estampa, si no se observa la norma indicada. — (N. de la R.)



Voces y expresiones viciosas

Diluir.



Es aquí un verbo: diluir, que tiene grande aceptación entre nuestros escritores actuales, pero no en su sentido directo, que sería lo irreprochable, sino figurado.

Diluir, del latín *diluere*, según el *Diccionario de la Real Academia Española*, es un verbo transitivo que significa desleir, y que se usa también como reflexivo, y en su segunda acepción (*Química*): añadir líquido en las disoluciones.

Desleir —voz a la que nos remite la docta Corporación— es disolver y desunir las partes de algunos cuerpos por medio de un líquido. Empléase también como reflexivo y en el lenguaje figurado (segunda significación) equivale a expresar ideas, pensamientos, conceptos, etcétera, con sobreabundancia de palabras, de modo que resulten desmayados y fríos.

«Tomemos 15 gramos de harina flor — escribe Monlau — con 15 gramos de malt fino y seco y 32 centigramos de bicarbonato de sosa, y dilúyase en 30 gramos de agua.» *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* (Barcelona, 1890), pág. 642.

Irreprochable manera de usar el verbo objeto del presente palique. Significación directa. Pero nuestros literatos: novelistas y ensayistas; nuestros pensadores y los que se dedican a poner en castellano, —no siempre pulcro, impecable— las obras forasteras, abusan, a todas luces, del empleo, en sentido figurado, del verbo diluir, y contra este vicio, acaso no estén de más estas admoniciones o reparos.

Transcribimos seguidamente los copiosos testimonios que del abuso —*uti nec abuti*— de tal verbo, hemos tomado en nuestras lecturas.

«...apoyando luego el rubí de sus labios en el gran rubí del vaso donde el sol se diluía en borgoña»... José Ortega y Gasset: *Obras de...* (Madrid, 1932), pág. 446.

«Ese pedante de Fulano tiene una cabeza, tan pobre cosa que se le ha quedado, diluida, en el tintero». J. Sánchez Rojas, traducción de